

ct

Lorca. Sueño. Muerte.
La verdad de las sepulturas

de
Jesús Laiz

(fragmento)

LA BALA

(Se sienta en proscenio.) Soy la bala que mató a Federico García Lorca. La última. La definitiva.

Soy una Mauser 7 milímetros fabricada en Oviedo, el 28 de febrero de 1936.

Me compongo de un cartucho de latón de forma abotellada, de fulminante tipo “Berdan” y de pólvora sin humo con base de nitrocelulosa.

Mi punta es redondeada y mi núcleo de plomo está niquelado ya que puedo alcanzar una velocidad de 800 metros por segundo y llegar hasta unos 2000 metros con una trayectoria sorprendentemente tensa.

Soy la bala que mató a Federico García Lorca y es la madrugada del 17 de agosto de 1936.

La temperatura es de 16,3 grados centígrados, cielo nuboso, bajas presiones y vientos racheados con una velocidad máxima de 4,7 kilómetros por hora y dirección variable. Al hombre que lleva mi fusil le tiembla el pulso, le sudan las manos y su frecuencia cardiaca es de 186 pulsaciones por minuto.

Soy la segunda en el cargador, no sé qué está pasando ahí fuera pero cuando la primera bala sale despedida mi adrenalina se desborda.

Ya estoy en la recámara y todo está oscuro al otro extremo del cañón. Gritos, sollozos, insultos, llantos... un ruiseñor en la copa de un olivo; tierra, hierba seca, tabaco, sudor... miedo.

Es el momento más importante de mi vida, he nacido para esto, es mi único fin.

Alguien aprieta el gatillo, este acciona el percutor que a su vez golpea en el fulminante produciendo una ignición que alcanza una temperatura de más de 2.500 grados centígrados, y la fuerza expansiva de los gases producidos por la combustión me separan del casquillo disparándome hacia mi destino.

Vuelo por el aire y todo pasa tan deprisa... pero recuerdo que antes de alcanzar a mi objetivo ya estaba llorando...

(Se levanta y se acerca al micrófono.)

Desde entonces no he dejado de llorar.

Aquí acaba todo. Aquí empieza todo.